

PREPARACIÓN PARA LA SANTA COMUNIÓN

Los corintios del siglo I eran muy revoltosos. Su ciudad era un puerto bullicioso; un lugar de encuentro en el mediterráneo para todo tipo de personas, ideas y perversiones. San Pablo pasó allí 18 meses evangelizando y reuniendo a la Iglesia.

Pero, como la gente no cambia de la noche a la mañana, incorporaron sus hábitos más arraigados a la nueva fe. Pablo les escribió varias veces para que se contuvieran. Una de las quejas se refería a su comportamiento en la Eucaristía. Vinieron a comer el Pan Único, pero lucharon entre ellos en la Mesa. Por eso, Pablo les instruyó:

«Cualquiera que coma el pan o beba la copa del Señor indigno, se comportará indigno hacia el cuerpo y la sangre del Señor. Todos deben volverse a sí mismos antes de comer este pan y beber esta copa; porque una persona que come y bebe sin discernir el Cuerpo está comiendo y bebiendo su propia condenación. De hecho, es por eso que muchos de ustedes están débiles y enfermos y algunos de ustedes han muerto» (1 Corintios 11:27-30).

Pablo se dio cuenta que la enfermedad espiritual y la muerte son el resultado de «no distinguir el Cuerpo» en la Eucaristía. ¿Qué significa esto?

DISCERNIR EL CUERPO

Discernir el cuerpo se refiere a ser consciente de lo que es la eucaristía y qué consecuencias tiene en nuestras vidas cuando la recibimos. Se espera que quien la recibe sepa lo que está recibiendo y que actúe en consecuencia. Debemos percatarnos de que:

- **La Eucaristía es el cuerpo místico y la sangre de Cristo** que la recibimos «para la remisión de los pecados y para la vida eterna». Esto exige que «nos acerquemos con temor a Dios, con fe y con amor» (*Liturgia de San Juan Crisóstomo*), maravillándonos ante el gran privilegio de poder recibir estos misterios sin mérito propio alguno.
- **La Eucaristía se ofrece para que «los que comparten El Pan y El Cáliz se unan en comunión con el Espíritu Santo»** (*Liturgia de San Basilio*). Esto exige que los que pretendemos recibir el sacramento de la unidad estemos decididos a ser uno con nuestro prójimo. Hacer otra cosa es no discernir el Cuerpo.

Aproximadamente desde los siglos IV o V hasta nuestros días, esta necesidad de discernir el Cuerpo ha sido tan inculcada en las personas, que la mayoría de los cristianos permanecieron alejados de la Comunión a exceptuando en los festejos mayores. En lugar de pasar por lo que se consideraba una preparación apropiada, se mantuvieron alejados de la Mesa del Señor. En los últimos cien años, esta tendencia se ha invertido y ahora la mayoría de las personas generalmente comulgan en cada liturgia. Sin embargo, algunos dan la impresión de que no están «discerniendo el Cuerpo», debido a su comportamiento en la Liturgia. Hablan continuamente a lo largo de la celebración y, aun cuando comulgan, llevan los dones sagrados aún en la boca, o siguen teniendo viejos rencores, incluso contra aquellos con quienes acaban de compartir la Eucaristía. Por ello, aunque nos regocijamos de que hay más personas que han escuchado la invitación del Señor a comer y beber, nos lamentamos de que muchos no estén discerniendo el Cuerpo.

Porque «discernir el Cuerpo» exige tener reverencia con los dones sagrados, y amarnos los unos a los otros. Nuestra Iglesia a lo largo de los siglos ha desarrollado las siguientes prácticas para prepararnos a recibir los misterios eucarísticos:

EL PERDÓN MUTUO

Jesús nos recuerda que cuando se hacían sacrificios en el templo judío, el momento más importante de la veneración es: «*Si traes tu ofrenda al altar y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, ve y reconcíliate con tu hermano primero, y luego regresa y presenta tu ofrenda*» (Mateo 5:23). La adoración ofrecida con un corazón nublado por resentimientos y por «asuntos emocionales inconclusos» no es aceptable para Dios.

Por lo tanto, el primer aspecto de la preparación para recibir la comunión es resolver cualquier conflicto que podamos tener con los demás. Nuestra Iglesia incorporó este mandamiento de Cristo en el llamado el beso sagrado. Así, en la Liturgia, antes de la oración del ofertorio (anáfora), se nos pide que nos «amemos los unos a los otros para que unidos podamos confesar» lo que Dios ha hecho por nosotros. Muchos cristianos orientales también tienen la costumbre de hacer las rondas con sus familiares y amigos para pedirles perdón antes de recibir la comunión. El sentido de ambas prácticas es claro: no podemos recibir el sacramento del amor sin amor en nuestros corazones. Y si no está ahí, debemos hacer algo al respecto!

ORACIONES DE PREPARACIÓN

Los devocionarios de nuestra Iglesia incluyen una gran cantidad de oraciones para prepararnos para recibir la Eucaristía. En algunas iglesias estas oraciones son recitadas o cantadas por la comunidad durante la liturgia. También se les pide prestar especial atención al próximo encuentro con el Señor, a través de este misterio. Se les exhorta a rezar por la tarde y/o por la mañana, antes de asistir a la liturgia. Algunas de estas oraciones están en los libros que se utilizan en nuestras parroquias (por ejemplo, *Libro de oración del publicano*). Es especialmente importante que los padres lean estas oraciones junto con sus familias antes de venir a la iglesia, sobre todo cuando tienen hijos pequeños, para que la singular naturaleza de la Eucaristía quede grabada en ellos.

EL AYUNO EUCARÍSTICO

Otra forma de lograr ser más consciente del don de vida divina (la eucaristía) es guardar el ayuno eucarístico. Cuando nos preparamos para Pascha o Navidad, reorientamos nuestra energía a través del ayuno. Lo mismo hacemos al prepararnos para el banquete eucarístico de Cristo. A través de éste proclamamos que deseamos ser nutridos y saciados con el super-substancial pan de vida.

Aunque ya no se aplica de manera legalista como se hacía en el pasado, el ayuno conserva su valor para aquellos que lo ven como un recordatorio de que Cristo nos nutre y Él es nuestro alimento. Por ello se nos exhorta a ayunar a partir de la medianoche, o cuando menos unas pocas horas antes de la comunión -dependiendo del estado de salud de cada uno. Dirigirse a la Mesa del Señor con el estómago lleno, o detenerse en el salón de la iglesia para tomar una taza de café antes de la Liturgia, como algunos lo hacen — indica que no esperarán al Novio para empezar a festejar.

ANTE LA SAGRADA MESA

Es absurdo dirigirse a la Sagrada Comunión sin un gran temor, sin estar purificados por la oración y el ayuno (cf. 1 Corintios 11:26-31). Cuando nos dirigimos a comulgar, **cruzamos los brazos contra el pecho, con la mano derecha sobre la izquierda.**

Mientras comulga la persona que está adelante, se hacen una o dos metanías. Si el sacerdote no sabe nuestro nombre, hay que mencionarlo al acercarnos, para que él pueda repetirlo al darnos la Comunión. Abrimos la boca ampliamente sin decir

nada más (amén, gracias, etc.) para recibir los sagrados misterios.

En la Iglesia Melquita, la comunión generalmente se da por intinción: el pan sagrado se sumerge en el cáliz y se coloca en la boca. **La boca debe estar completamente abierta y se puede o no extender la lengua.** La mayoría de las Iglesias bizantinas ofrecen la Comunión con una cuchara. Si se recibe de esta manera, no se debe extender la lengua, simplemente mantener la boca abierta hasta que se haya retirado la cuchara.

Si el sacerdote tiene un paño de comunión, se deben limpiar los labios con éste después de comulgar, hacerse a un lado y repetir una metania antes de regresar a su lugar.

DAR GRACIAS AL SEÑOR

La letanía y las oraciones, que son los últimos cantos de la liturgia, tienen por objeto expresar nuestra gratitud por el don de la vida que se nos ha dado. «Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial...» Es el momento de recordar la vida a la que hemos sido llamados y para la cual hemos sido empoderados a través de la Eucaristía.

Al igual que con las oraciones de preparación, la Iglesia tiene una serie de oraciones de acción de gracias destinadas a ser pronunciadas después de la Comunión. En algunas iglesias las oraciones son recitadas mientras la gente recibe el Antidorón o después. Es importante, para poder discernir el Cuerpo, escuchar atentamente estas oraciones o leerlas por cuenta propia. Se debe hacer hincapié en que recitarlas en familia después de regresar de la liturgia a casa, es otra forma de ayudar a que los niños entiendan el gran misterio que han recibido.

DISCURSO DE SAN JUAN CRISÓSTOMO SOBRE LA PREPARACIÓN PARA LA SANTA COMUNIÓN

Los primeros hermanos amados y queridos, que están reunidos en este santo templo para adorar al Dios vivo en piedad y justicia, y participar de los santos, inmortales, inmaculados y asombrosos misterios de Cristo: escuchádmeme, humilde e indigno como soy, porque no soy yo quien os habla y os enseño, sino la gracia del espíritu santo, bueno y dador de vida. Hablo, no por mi cuenta, sino como me enseñaron los Santos Cánones, los Padres portadores de Dios, y los caminos de nuestra Santa Iglesia tal como fueron recibidos por los santos apóstoles, instruidos por Dios. Soy el hombre más humilde y

más pequeño: no conozco vuestras acciones ni conozco vuestras necesidades, pero sí conozco el temor de Dios que nos ordena a todos y cada uno de nosotros, hombres y mujeres, pequeños y grandes: Ninguno de vosotros que es culpable de pecado y que es mordido por su conciencia se atreva a acercarse a este Fuego sagrado antes de arrepentirse y confesarse o de hacer el ridículo, porque Dios es un Fuego consumible.

A aquellos que se acercan con fe y temor de Aquel que es nuestro Dios y Rey y el Juez de toda la humanidad, Él quemará completamente sus pecados y llenará sus almas de luz y santificación.

Pero a los infieles que se acercan sin vergüenza, quema y marchita el alma y el cuerpo. «Por esta razón hay muchos entre vosotros que están enfermos y, estando enfermos, duermen»; es decir, muchos mueren sin haberse arrepentido ni sido perdonados.

Por tanto, hermanos míos, os imploro y digo: Que ningún blasfemo, perjuro o mentiroso, ni fornicador, adúltero o sodomita, ni mago ni adivino, ni ladrón ni hereje se acerque a los asombrosos misterios de Cristo, ni los toque sin haberse confesado y preparado, porque «es terrible caer en las manos del Dios viviente».

«La palabra de Dios es más aguda que una espada de dos filos que atraviesa las articulaciones y la médula de nuestro corazón y nuestros huesos». He aquí, pues, hermanos míos, que nadie que esté impenitente, desprevenido o indigno se acerque y reciba estos temerosos misterios, porque El dice: «Yo soy el señor vuestro Dios, y no hay nadie delante de mí. Yo destruyo y doy vida, y no escaparéis de mis manos».

PREPARACIÓN PARA LA SAGRADA COMUNIÓN



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Foto cortesía de Sophia, el Diario de la
Eparquía Melquita de Newton